aguas las riberas que se desgajan de la tierra.

Sin esta vejez originaria, no hubiera habido pompa ni magestad en la obra del Eterno, y en el estado de su inocencia hubiera sido la naturaleza menos bella que en el estado actual de su corrupcion; cosa que no podia suceder. Una insípida infancia de plantas, de animales y elementos, hubiera coronado una tierra sin poesía; mas no dibujó Dios tan mal los bosques de Eden como los incrédulos se lo figuran. El hombre rey nació de edad de treinta años, á fin de concordar por su magestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, del mismo modo que su compañera contó diez y seis primaveras que no habia vivido, para estar en armonía con las flores y avecillas, con la inocencia, con los amores y con toda la parte jóven del universo.

LIBRO QUINTO.

Existencia de Dios probada por las maravillas de la naturaleza.

CAPITULO PRIMERO.

Asunto de este libro.

Réstanos aun examinar uno de los principales dogmas del cristianismo, *el estado de las penas y de los premios en la otra vida*. Mas no es posible tratar esta importante materia, sin hablar al mismo tiempo de las dos columnas que sostienen el edificio de todas las religiones del mundo; esto es, la *existencia de Dios* y la *inmortalidad del alma*.

Obligame tambien á este gran estudio el desarrollo natural de mi plan; pues únicamente despues de haber seguido la fe aqui abajo, es como puede uno acompañarla en aquellos tabernáculos, adonde se vuela cuando deja la tierra. Siempre fiel á mi designio, separaré de las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma las ideas abstractas, para emplear únicamente las razones poéticas y de sentimiento; es decir, las maravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los

antiguos, y Clarke y Leibnitz entre los modernos, han probado metafísica y casi geométricamente la existencia del Ser supremo (1). Los primeros ingenios de todos los siglos han creido en este dogma consolador; y aunque algunos sofistas no le hayan admitido, puede muy bien existir Dios sin el voto de ellos. Unicamente la muerte, á la cual pretenden reducirlo todo los ateos, es la que necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene poca realidad para con el hombre. Dejemos, pues, al ateismo sus deplorables partidarios, bajo el concepto de que ni aun ellos mismos se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están acordes, ó á lo menos en los puntos principales de su doctrina, aquellos que por el contrario niegan al Criador, no cesan de disputar entre sí acerca de los fundamentos de su nada. Tienen delante un abismo, y para colmarle solo necesitan la última piedra; pero no saben de donde tomarla. Ademas, hay en el error cierto vicio de naturaleza, el cual hace que cuando no es particularmente el nuestro, nos choque y escandalice al momento; de aqui resultan las interminables disputas de los ateos.

CAPITULO II.

Espectáculo general del universo.

Existe un Dios á quien bendicen las yerbas de los valles, y los cedros de los montes; el insecto susurra tambien sus alabanzas, y el elefante le saluda al salir

(1) Véase la nota L, al fin del volúmen.

la aurora; las aves le cantan himnos entre el ramage; el rayo patentiza su poder, y el Océano declara su inmensidad. Solo el hombre ha dicho: no hay Dios.

¿Pues qué el ateo no ha levantado jamás los ojos al cielo en su desgracia, ni bajado la vista en su felicidad hácia la tierra? ¿tan distante se halla de él la naturaleza que no haya podido contemplarla, ó la cree por ventura un simple resultado del acaso? ¿Pero qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un órden tan perfecto?

Pudiera decirse que el hombre es el *pensamiento manifestado de Dios*, y que el universo es su *imaginacion hecha sensible*. Los que han alegado la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, deberian haber reflexionado una cosa que engrandece prodigiosamente la esfera de las maravillas; y es, que el movimiento y la inquietud, la luz y las tinieblas, las estaciones y el curso de los astros que varian las decoraciones del mundo, no son sucesivas sino en la apariencia, y permanentes en la realidad. La escena que se esconde á nuestra vista se representa en otro pueblo, que no es en fin el espectáculo, sino el espectador, el que se muda. Asi ha sabido Dios poner en su obra la duracion *absoluta* y la *progresiva*: la primera se halla colocada en el *tiempo*, y la segunda en la *estension*: por aquella, las bellezas del universo son unas, infinitas, y siempre las mismas; por esta, son multiplicadas, limitadas y renovadas: sin la una no podia haber grandeza en la creacion, y sin la otra hubiera habido en ella monotonía.

Aqui se nos presenta el tiempo bajo un nuevo punto de vista; su menor fraccion viene á ser un *todo completo*, que todo lo comprende, y en el cual se modifican todas las cosas desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo: cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reúnase, pues, con

la imaginacion en un mismo momento los mas hermosos accidentes de la naturaleza; supóngase que se ven de una vez todas las horas del dia y todas las estaciones; una mañana de primavera y de otoño, una noche tachonada de estrellas y una noche cubierta de nubes; praderas esmaltadas de flores, bosques despojados de sus galas por las escarchas, y campiñas doradas con las mieses; imagínese asi, digo, y entonces se tendrá una idea exacta del universo. ¿No es en verdad un prodigio, que al mismo tiempo que admirais al sol que se sepulta bajo las bóvedas del Occidente, otro observador le vea salir de las regiones de la aurora? ¿Por qué incomprensible mágia ese astro viejo, que se duerme fatigado y ardiente en el polvo de la tarde, es aquel mismo jóven astro que se levanta al propio tiempo humedecido con el rocío y con los blancos velos del alba? A cada momento del dia se alza el sol, brilla en su cénit, y se pone sobre el mundo, ó por mejor decir, nuestros sentidos nos engañan, porque no tiene Oriente, Mediodia ni Occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual esta antorcha del dia esparce á un mismo tiempo tres luces en una sola sustancia. Este triple resplandor es tal vez lo que tiene de mas bello la naturaleza; porque al mismo tiempo que nos da la idea de la perpétua magnificencia y presencia de Dios, nos hace concebir una imágen de su trinidad gloriosa.

¿Se concibe por ventura lo que seria una escena de la naturaleza, si estuviese abandonada al movimiento solo de la materia? Las nubes, obedeciendo, á las leyes de la gravedad, caerian perpendicularmente sobre la tierra, ó como pirámides se remontarian en los aires: un momento despues, ó estaria la atmósfera muy densa, ó muy enrarecida con respecto á los órganos de la respiracion. La luna, estando ó muy cerca ó muy distante de nosotros, quedaria sucesivamente invisible, se mantendria como ensangrentada, llena de enormes manchas, ó cubriendo con sola su sombra toda la bóveda celeste. Arrebatada como de un vértigo ó delirio, ó no caminaria sino de eclipse en eclipse, ó rodando de un lado á otro, llegaria á descubrir aquella faz que la tierra no conoce. El mismo trastorno padecerian las estrellas, pues únicamente presentarian una série de conjunciones espantosas. Un signo del estío se veria alcanzado de repente por otro del invierno; el Boyero conduciria las Pleyades, y el leon rugiria con Acuario. Allá pasarian los astros tan rápidos como el relámpago, y aqui parecerian muertos ó inmóviles; á veces se agolparian formando grupos, como en la via láctea, y despues, desapareciendo todos á un tiempo, y rompiendo el velo de los mundos, segun la espresion de Tertuliano, dejarian descubiertos los abismos de la eternidad.

Sin embargo, semejantes espectáculos no espantarán á los hombres hasta que llegue aquel dia, en que dejando Dios las riendas del universo, no necesite mas para destruirle que abandonarle.

CAPITULO III.

Organizacion de los animales y de las plantas.

Pasemos ahora de estas nociones generales á las ideas particulares, y veamos si podemos descubrir en las partes de la obra la misma sabiduría que tan bien se esplica en el todo. Primeramente me valdré del testimonio de una clase de hombres, á quienes las ciencias y la humanidad reclaman igualmente: estos son los médicos.

El doctor Nieuwentyt, en su *Tratado de la existencia de Dios* (1), se dedicó á demostrar la realidad de las causas finales. Sin seguirle en todas las observaciones, me contentaré con referir algunas de ellas.

Hablando de los cuatro elementos, que considera en armonía con el hombre y la creacion en general, hace ver con respecto al aire, como se conservan milagrosamente nuestros cuerpos bajo una columna atmosférica, igual en su presion á un peso de veinte mil libras, y prueba que la mutacion de una sola calidad que se esperimentara, ya en la rarefaccion, ya en la densidad del elemento que se respira, bastaria para destruir todos los seres vivientes. El aire es el que hace subir los vapores, el aire el que retiene los líquidos en sus vasos; por sus movimientos purifica los cielos, y lleva á los continentes las nubes del mar.

Pasa de aqui Nieuwentyt á demostrar la necesidad del agua por una multitud de esperimentos. ¿Quien no admirará el prodigio de este elemento, cuando asciende contra todas las leyes de la gravedad á otro elemento mas ligero que él, á fin de darnos las lluvias y los rocíos? La disposicion de las montañas para hacer circular los rios, la geografía de estas mismas montañas en las islas y sobre los continentes, las aperturas de los golfos, las bahías, los mediterráneos, y las innumerables utilidades de los mares, nada de esto se oculta á la sagacidad de aquel hombre sábio y virtuoso. De la misma manera demuestra la escelencia de la tierra como elemento, y sus bellas leyes como planeta. Describe las ventajas del fuego, y los socorros

(1) En todo lo que cito aqui del tratado de Nieuwentyt, me he tomado la libertad de refundir, y dar un poco de colorido á su discurso. No se le puede negar lo sábio, lo erudito y lo juicioso; pero es un poeta árido. Tambien he añadido algunas observaciones á las suyas.

que de él ha sabido sacar la industria humana (1).

Pasando á tratar de los animales, observa que los llamados caseros nacen precisamente con el grado de instinto necesario para domesticarse, al paso que los que no son útiles al hombre, conservan siempre su natural salvage, ¿acaso la casualidad es la que inspira á las bestias mansas y útiles la resolucion de vivir en sociedad en medio de nuestros campos, y á las demas de andar errantes y solitarias en lugares poco concurridos? ¿Cómo es que no se ven rebaños de tigres conducidos por un pastor al son de su zampoña? ¿Y por qué no se ve tampoco una manada de leones retozar y triscar entre los tomillos y el rocío de nuestros parques, como esos ligeros animales que cantó La Fontaine? Jamás han podido las fieras servir mas que para tirar del carro triunfal de un hombre tan cruel como ellas mismas, ó para devorar á los cristianos en un anfiteatro (2); los tigres no se domestican en la escuela de los hombres; estos si que se hacen alguna vez salvages en la escuela de los tigres.

No es menos interesante el objeto de observacion que presentan las aves á nuestro naturalista. Sus alas convexas por arriba y huecas por abajo, son unos remos perfectamente trazados para el elemento que deben surcar. El reyezuelo que se goza en revolotear por las cercas de zarzales y arbustos, que son para él unas grandes soledades, tiene dobles párpados, á fin de preservar á sus ojos de todo accidente. Pero ¡oh fines de la naturaleza! ese mismo párpado es trasparente

(1) La física moderna encontrará aqui tal vez algunos errores; sin embargo, los progresos de esta ciencia lejos de trastornar las causas finales, presentan nuevas pruebas de la bondad de la Providencia.

(2) Bien conocido es aquel famoso grito del populacho romano: *¡Los cristianos á los leones!* V. Tert. Apolog.

y el cantor de las cabañas puede bajar ese velo diáfano, sin dejar de ver por eso. La Providencia no quiso que se estraviara cuando llevase á su nido la gota de agua ó el grano de mijo, ni que bajo de un matorral viviese una reducida familia que se quejara de la misma Providencia.

Y ¿qué resortes tan ingeniosos hacen mover los pies del ave? No es el conjunto de músculos que gobierna la voluntad del ave el que la hace tenerse firme en una rama; sus pies están formados de manera, que cuando se hallan comprimidos en el centro ó el talon, se aprietan sus dedos naturalmente sobre el cuerpo que los une (1). De este mecanismo resulta que las garras del ave se unen mas ó menos al objeto en que descansa, en razon de los movimientos mas ó menos rápidos del objeto mismo. En el balanceo de la rama, sea que esta forceje contra el pie, ó que este forceje contra ella, los dedos del ave en ambos casos se comprimen con mas fuerza. Asi tambien cuando á la entrada de una noche de invierno vemos á unos cuervos encaramados en la despojada copa de una encina, nos parece que siempre están vigilantes y alerta, y que no podrán sostenerse en ella sino á fuerza de un estraordinario trabajo en medio de los torbellinos y de las nubes; mas no sucede asi. No obstante, sin tener cuidado alguno por los peligros, y desafiando las mayores tempestades, duermen á todo viento. El aquilon mismo los afirma mas y mas á la rama de donde nos parecia que iba á precipitarlos, y como viejos marineros, cuya móvil cama está colgada de los agitados mástiles de la nave, cuanto mas los mece la tempestad, tanto mas profundamente duermen.

Por lo que mira á la organizacion de los peces, su

(1) Se puede hacer sobre esto la esperiencia con una ave muerta.

existencia sola en el elemento del agua, la mudanza relativa de su peso, mediante la cual nadan en una agua ligera con la misma facilidad que en la mas pesada, y bajan desde la superficie del mar hasta lo mas profundo de sus abismos; son unos verdaderos milagros perpétuos, y una verdadera máquina hidrostática, de modo que presenta mil fenómenos, por el sencillo medio de una vejiguilla que el pez llena ó vacía de aire á su voluntad.

Nieuwentyt examinó tambien curiosamente los prodigios de las flores en las plantas, y el uso de las hojas y raices: sobre lo cual hace la escelente observacion de que las semillas de las plantas están dispuestas de tal modo por sus figuras y su peso, que caen siempre en tierra en aquella disposicion en que deben brotar.

Si todo esto fuese, pues, efecto del acaso, ¿seria posible que no se viesen alteradas alguna vez las causas finales? ¿Por qué no habia de haber peces sin la vejiga que los hace nadar? ¿Por qué el aguilucho, que aun no tiene necesidad de garras, no habia de romper el cascaron del huevo con el pico de una paloma? ¡Ah! ¡nunca se advierte un descuido, un accidente de esta especie en la *ciega* naturaleza! De cualquier modo que tireis los dados, presentarán siempre los mismos puntos. ¡Estraña *fortuna*! sospechamos que antes de sacar los mundos del seno de la eternidad, ella *ordenó ya secretamente sus lotes*.

Hay algunos mónstruos, sin embargo, en la naturaleza, que no son otra cosa que unos seres privados de alguna de sus causas finales ¡Pero es digno de atencion que estos entes nos inspiren horror! cuánto mas fuerte es el instinto de un Dios en los hombres, tanto mas espantados se hallan estos, cuando no advierten el sello de la suprema inteligencia! De estos

desórdenes se ha tomado motivo para hacer una objecion contra la Providencia divina; pero yo muy al contrario, los miro como una prueba manifiesta de esta misma Providencia. Me parece que Dios ha permitido tales producciones de la materia, para enseñarnos lo que es la creacion *sin él*. La sombra es la que hace resaltar la luz; esto es, una muestra de esas leyes del acaso que, segun los ateos, deben haber criado el universo.

CAPITULO IV.

Instinto de los animales.

Reconocido ya en la organizacion de los seres un plan regular, que no puede atribuirse al acaso, y que supone un ordenador; paso á examinar otras causas finales, no menos fecundas y maravillosas que las primeras. Pero en esta parte no seguiré á nadie. He dedicado á la historia natural unos estudios que jamás hubiera suspendido si la Providencia no me hubiese llamado á desempeñar otras tareas. Mi ánimo era oponer, si hubiese podido, una *Historia natural religiosa*, á esos libros científicos modernos, en que no se ve otra cosa que materia; y á fin de que no se me hubiese podido echar en cara desdeñosamente mi ignorancia, me propuse viajar y verlo todo con mis propios ojos. Espondré, pues, algunas de mis observaciones acerca de los instintos de los animales y las plantas, sus costumbres, sus emigraciones y sus amores, etc. El campo de la naturaleza es inagotable, y siempre se hallan en él nuevas cosechas. No es en ninguna casa de fieras donde se hallan encerrados los

secretos de Dios, ni donde se aprende á conocer la sabiduría Divina; es preciso haberla descubierto en los desiertos para no dudar de su existencia. Nadie vuelve impío de los reinos de la *soledad. Regna soletudinis.* ¡Infeliz del viagero que habiendo dado vuelta al globo regresare ateo al hogar paterno!

Yo he visitado en el silencio de la noche el valle solitario habitado por los castores, cubierto de la sombra de los abetos, y en donde reina el mas profundo silencio á presencia de un astro tan apacible como el ingenioso pueblo, cuyos trabajos iluminaba. ¡Y seria posible que no hubiese visto en este valle mil señales de la sabiduría Divina! ¿Quién puso la escuadra y el nivel en el ojo de este animal, que sabe construir un dique en declive del lado de las aguas, y perpendicular sobre el lado opuesto? ¿Sabeis, por ventura, el nombre del físico que enseñó á este singular ingeniero las leyes de la hidráulica, y le hizo tan hábil sin otros instrumentos que sus dos dientes incisivos y su aplastada cola?

Jamás pronosticó Reaumur las mudanzas de las estaciones con tanta exactitud como el castor, cuyos almacenes mas ó menos abundantes, manifiestan en el mes de junio la mayor ó menor duracion de las nieves del invierno. A fuerza de disputar á Dios sus milagros se ha llegado á graduar de estéril la obra entera del Todopoderoso. Los ateos han pretendido encender el fuego de la naturaleza con su helado aliento; pero no han hecho mas que apagarle: y soplando sobre la antorcha de la creacion, han esparcido sobre ella las tinieblas de su creacion funesta.

Ni son menos maravillosos, aunque mas comunes, otros instintos que podemos observar cada dia. La gallina, tan tímida por ejemplo, llega á ser tan valerosa como un águila, cuando ha de defender sus polluelos; nada hay tan interesante como su desasosiego,

cuando engañada por los hijuelos de otra nidada, huye de ella la cria estraña, y corre á juguetear en un charco vecino. La madre asustada da continuas vueltas alrededor del agua, sacude sus alas, llama á la imprudente pollada, anda con precipitacion, se pára, vuelve la cabeza con inquietud, corre hácia aquella parte, y no cesa su agitacion hasta que ha recogido bajo su manto la familia mojada y cojeando, que bien pronto vuelve á afligirla.

Entre los diversos instintos que ha repartido en la naturaleza el Señor del mundo, sin duda es uno de los mas sorprendentes el que conduce cada año los peces del polo á las templadas latitudes de nuestros climas. Ellos vienen atravesando la inmensa soledad del Océano, sin estraviarse y casi en dia fijo, hasta hallar el rio donde ha de celebrarse su himeneo. La primavera prepara en nuestras costas la pompa nupcial; corona los sauces de verdura, estiende las camas de musgo hasta las grutas, y despliega sobre las ondas las hojas del nenufar, para que sirvan de cortinas á estos lechos cristalinos. Apenas se acaban estos preparativos, cuando se ven llegar las legiones esmaltadas. Estos navegantes estrangeros animan todas nuestras riberas: los unos como ligeras pompilas de aire suben perpendicularmente desde el fondo de las aguas; los otros se mecen suavemente en las ondas, ó se apartan como de un centro comun, á la manera de innumerables flechas de oro; estos presentan oblícuamente sus formas cambiantes trasparentándose en el fluido azul; y aquellos duermen al rayo del sol que penetra la gasa plateada de las ondas. Todos se estravian; vuelven á juntarse, nadan, se zambullen, circulan, se forman en escuadron, se separan y se reunen de nuevo; y el habitante de los mares, inspirado de aquel soplo de vida, dando saltos, sigue el rastro de fuego que su compañero dejó para él en las ondas.

CAPITULO V.

Canto de las aves; se hizo para el hombre. Ley relativa á los gritos de los animales.

La naturaleza tiene sus épocas de solemnidad, para las cuales convoca músicos de las diferentes regiones del globo. Vénse llegar sábios artistas con sonatas maravillosas, errantes trovadores que solo saben canciones con estribillo, y peregrinos que repiten mil veces las coplillas de sus largos cánticos. Silba la oropéndola, arrulla la paloma torcaz, gorgea la golondrina. La primera encaramada en la mas alta rama de un álamo desafia á nuestro mirlo, que en nada cede á este estrangero: la segunda, escondida entre las hojas de una encina, prolonga sus arrullos, semejantes al retumbante son de la bocina en el bosque; y la tercera, al abrigo del hogar hospitalario, hace oir su gorgeo confuso como en los tiempos de Evandro. Al mismo tiempo el pitirojo repite su cancioncilla sobre la puerta de una granja, donde ha hecho su grande nido de musgo; pero el ruiseñor se desdeña de confundir su voz en medio de esta sinfonía; espera la hora del recogimiento y del reposo de la noche, y se encarga de aquella parte de la fiesta que debe celebrarse en las sombras.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del dia luchan en las colinas, á orillas de los rios, en los bosques y en los valles; cuando en los bosques va insensiblemente cesando el susurro hasta no sentirse el menor suspiro de las yerbecillas; cuando la

luna resplandece en el cielo, y el oido del hombre está atento, entonces el primer cantor de la creacion entona sus himnos al Eterno. Primeramente hiere el eco con trinos melodiosos que deleitan; no guardan órden sus cantos; salta del grave al agudo, del piano al fuerte; hace pausas; tan pronto es lento como vivo; es un corazon embriagado de gozo, y que palpita bajo el peso del amor. Pero repentinamente decae su voz, y el ave calla. Vuelve á empezar. ¡Oh qué acentos tan variados! ¡que tierna melodía! Ya son modulaciones lánguidas, aunque variadas; es un canto algo monotono, parecido al de los antiguos romances franceses, obras clásicas de sencillez y melancolía. El canto es la señal tanto de la tristeza como de la alegría, el ave que ha perdido sus hijuelos aun canta, y repite el mismo himno que entonaba cuando era feliz, porque no sabe mas que uno; mas por un secreto de su arte este músico no hace mas que mudar de clave, y el cántico de placer se convierte ya en sollozos.

Los que tratan de desheredar al hombre, y arrancarle el imperio de la naturaleza, quisieran probar que nada se hizo para él; mas esto es imposible. El canto de las aves, por ejemplo, está ordenado de tal modo para nuestro oido, que por mas que se persiga á los huéspedes de los bosques, por mas que se arrebate sus nidos, por mas que se les moleste con armas y redes, solo se logrará llenarles de dolor, mas no forzarles al silencio. A despecho nuestro es preciso que nos embelesen, preciso es que cumplan la órden de la Providencia: esclavos en nuestras casas multiplican sus cánticos. Alguna armonía debe de haber oculta en la desgracia, porque todos los infelices son inclinados al canto. Finalmente, aunque un pajarero por un esceso de barbarie saque los ojos á un ruiseñor este conserva su voz con mas melodía: este Homero de las aves gana su vida cantando, y compone sus mas

agradables tonadas cuando ha perdido la vista. «Demódoco, dice el poeta de Chio, retratándose á sí propio bajo la figura de cantor de los feacios, era el favorito de la musa; pero ésta habia mezclado para él el bien y el mal, y le habia vuelto ciego, dándole en recompensa la melodía del canto.»

El ave parece en la tierra el verdadero emblema del cristiano: prefiere, como el fiel, la soledad al mundo, el cielo á la tierra, su voz bendice sin cesar las maravillas del Criador. Hay algunas leyes relativas á los gritos de los animales, que á mi parecer no han sido observadas hasta ahora, y que merecen serlo. Los diversos lenguages de los habitantes del desierto me parecen calculados segun la grandeza ó embeleso de los sitios donde viven, ó por las horas del dia en que se dejan ver. El rugido del leon, fuerte, seco y áspero, está acorde con los desiertos abrasados donde se le oye rugir, al paso que el bramido de nuestros bueyes encanta lo ecos campestres de nuestros valles. La cabra tiene en su balido algo de trémulo y de salvage, como los peñascos y ruinas adonde gusta encaramarse; el belicoso caballo imita el sonido agudo del clarin, y como si conociese que no ha sido criado para los afanes rústicos, calla bajo la ahijada del labrador, y relincha tascando el freno del guerrero. La noche alternativamente deliciosa ó funesta, tiene lo mismo al ruiseñor que al buho, el uno canta para el céfiro, las arboledas, la luna y los amantes; el otro para los vientos, las viejas encinas, las tinieblas y los muertos. En fin, casi todos los animales carnívoros tienen un grito particular, que se parece al de sus víctimas; el gavilan chilla como el conejo, y maulla como el gatillo; el mismo gato forma una especie de murmullo parecido al de los pajarillos de nuestros jardines; el lobo bala, brama ó aulla; la zorra cloquea ó grita; el tigre remeda el bramido del toro y el oso marino forma una especie

de resuello espantoso, semejante al ruido que hacen los arrecifes batidos de las olas, donde busca su presa. Es muy asombrosa esta ley, y oculta quizás un secreto terrible. Observemos que los móntruos en la humanidad siguen la ley de las bestias carnívoras. Muchos son los tiranos que han tenido en la cara ó en la voz alguna cosa de sensible y agradable, aparentando en lo esterior el lenguage de aquellos desgraciados, á quienes interiormente meditaban despedazar. Sin embargo, como la Providencia no ha querido que nos engañasen del todo, á poco que uno los examine de cerca, bajo su fingida mansedumbre y bondad descubre un carácter falso y devorador, mil veces mas horrendo que su furia.

CAPITULO VI.

Nidos de las aves.

Obsérvase en los nidos de las aves una admirable providencia. No puede contemplarse sin enternecerse aquella divina bondad que da la industria al débil y la prevision al descuidado.

Al momento en que los árboles ostentan las primeras flores, por todas partes comienza sus tareas una infinidad de pequeños operarios. Unos llevan pajas largas al hueco de una pared vieja; otros construyen casillas en las ventanas de una iglesia; otros cogen la cerda de una yegua, ó la bedija de lana que la oveja dejó prendida de una zarza. Hay leñadores que cruzan unas ramillas en la elevada copa de un árbol, y tambien hilanderas que recogen la seda de un cardo. Levántanse mil palacios, y cada palacio es un nido; en cada nido se ven trasformaciones que embelesan: un huevo brillante, y despues un pollito cubierto de vello, pollito que se va cubriendo de pluma, y que su madre le enseña á empinarse en el nido. A poco tiempo se pone en el borde de su cuna, y desde alli echa su primera ojeada sobre la naturaleza. Asustado y absorto de lo que ve, se arroja entre sus hermanos que no han visto aun aquel maravilloso espectáculo; pero llamado otra vez por la voz de sus padres, sale segunda vez de su cuna, y este jóven rey de los aires, que aun lleva ceñida en su cabeza la corona de la infancia, se atreve ya á contemplar el vasto cielo, la orgullosa copa de los pinos, y los abismos de verdor que hay debajo de la encina paternal. Y no obstante mientras los bosques se regocijan recibiendo su nuevo huésped, una ave vieja, sintiéndose abandonada de sus alas, se deja caer en un arroyo, y alli resignada y solitaria, aguarda tranquilamente la muerte á la orilla del mismo rio donde cantaba sus amores, y cuyos árboles sostienen aun su nido y su armoniosa posteridad.

Aqui podemos reflexionar oportunamente sobre otra ley de la naturaleza. En la clase de las aves pequeñas, los huevos están comunmente matizados de uno de los colores dominantes del macho. El malvís anida en los espinos, groselleros y zarzas de nuestros jardines; sus huevos son de color de pizarra como su lomo. Me acuerdo de haber hallado en cierta mañana uno de sus nidos en un rosal; parecia una concha de nácar que contenia cuatro perlas azules, y sobre él se mecia una rosa salpicada del rocío; el malvís macho estaba inmóvil en un arbusto contiguo como una flor de púrpura y azul. Estos objetos se trasparentaban en el agua de un estanque junto á la sombra de un nogal que servia de fondo á la escena, y detrás de esta se veia salir la aurora. Diome Dios en este cuadro una idea de las gracias con que adornó la naturaleza.